

Mito #8: Para tener éxito ser bueno es suficiente

Realidad #8: El éxito es cuestión de ser sobresaliente, no sólo excelente

“Esfuerzo total es victoria total.”

Mahatma Gandhi.

La regla del “un poquito más”

Este mito trata sobre una limitación que tienen muchas personas: la creencia de que para ser exitoso basta con esforzarse y ser bueno o excelente en algo. Para tener éxito hay que ser más: hay que ser sobresalir en lo que sea que hagamos. A esto me gusta llamarle la regla del “un poquito más”, y te explicaré por qué.

Recuerdo que en uno de mis cursos una mujer levantó la mano para hacer el siguiente comentario: “Existen muchos padres que se esmeran mucho y son muy buenos educando a sus hijos, y sin embargo los hijos no parecen ser el reflejo de todo ese esfuerzo”. Me dolió escuchar algo así. Pude sentir el dolor de unos padres que a pesar de ser buenos no obtenían los resultados deseados en la educación de sus hijos. Pero es inevitable que pase esto, pues muchas personas todavía no entienden que ser bueno no significa ser lo suficientemente bueno. Puede sonar duro, pero si estamos tratando de sincerarnos sobre lo que crea el éxito, ésa es la verdad.

Tomemos como ejemplo las carreras de caballos. En la carrera, todos los caballos son buenos, pero siempre gana el que da “un poquito más”, lo cual se traduce a menudo en apenas un morro de ventaja sobre el segundo clasificado. Si no crees que esto sirve para nosotros, los humanos, entonces pregúntate quién fue el segundo clasificado en la final de los 100 metros lisos en los pasados Juegos Olímpicos de Pequín. ¿No lo recuerdas? Probablemente debe de ser porque le separaron dos décimas del ganador,

el gigante jamaicano Usain Bolt. Todos los atletas que llegan a ese nivel son buenos, hasta el punto de que la diferencia entre el ganador y el resto muchas veces no es una mayor habilidad, sino haber dado solamente “un poquito más” en la carrera.

Lo mismo es aplicable al ejemplo anterior de la educación. Unos padres buenos tal vez se esmerarán para tener una buena relación con sus hijos y proporcionarles una buena educación. Unos padres sobresalientes, que apliquen la regla del “un poquito más”, no sólo vigilarán a sus hijos cuando estén con ellos sino que, además, se mantendrán alerta sobre los amiguitos que hacen sus hijos. Esa pequeña diferencia puede significar un vuelco total en la educación de los pequeños. De hecho, cada vez más investigaciones demuestran que la calidad humana de los hijos no está directamente relacionada con la de los padres, sino con la de las amistades que hacen. Al fin y al cabo, ¿con quién pasan la mayor parte del tiempo los hijos cuando están en el colegio? ¡Con sus amigos! Pero, por supuesto, un padre “bueno” no sabría esto. Y no es porque no tenga buenas intenciones, sino porque tal vez no dio ese paso adicional de leer un libro más sobre cómo educar a los hijos. O no hizo la “pequeña diferencia” de comentar los anuncios de televisión con sus hijos o de hablarles de un libro. O de llegar a casa a tiempo para cenar con ellos y comentar los sucesos del día. Por supuesto, no estoy diciendo que los padres “buenos” tengan malas intenciones, sólo digo que las pequeñas diferencias, ese “dar un poquito más”, pueden llevar a gigantescos saltos en la calidad de vida de cualquier persona en cualquier área.

Como lo expresó una vez Dale Carnegie: “Si haces las cosas pequeñas bien, las grandes suelen arreglarse por sí solas”.
¿Qué diferencia a los expertos en un área del promedio?
No es habilidad, no es talento, es sólo dar un poquito más:
Ellos leen más, escuchan más, practican más que el resto...
Y el dar un poco más que los demás es la pequeña
diferencia que termina haciendo *toda* la diferencia.

No aplicar la regla del “un poquito más” puede costarte caro. Una historia que ilustra bien esto es la de Graham Bell, inventor del teléfono. Mucha gente desconoce que apenas dos horas después de que Bell entrara en la oficina de patentes también entró Elisha Gray, que había logrado un invento prácticamente idéntico al de Bell. Por sólo 120 minutos Bell pudo patentar algo tan grande como el teléfono y entrar en la historia (y, por supuesto, Gray quedó prácticamente olvidada). Insisto: no se trata de una diferencia de habilidad o creatividad. Como dice John Maxwell: “La diferencia entre lo ordinario y lo extraordinario es lo extra”.

Cuando la vida te pida 10, dale 11

Me gusta mucho una tabla que utiliza Anthony Robbins para explicar qué recompensas se obtienen según el nivel de esfuerzo:

ESFUERZO	RECOMPENSA
SOBRESALIENTE	TODAS
EXCELENTE	BUENA
BUENO	MALA
MALO	NINGUNA

En el fondo, lo que la tabla dice resumidamente es que las recompensas siempre se quedan un poco atrás respecto al esfuerzo. Me gustaría que reflexionases acerca de este hecho, pues guarda a una inmensa verdad. Cuando, por ejemplo, haces un mal esfuerzo como trabajador, es decir, haces mal un trabajo, ¿recibes malas recompensas? ¡No! ¡No recibes ninguna recompensa! ¡Seguramente te despedirán! Si eres un mal padre, ¿vas a tener como recompensa un mal hijo? Lo más seguro es que, de nuevo, no recibas ninguna recompensa: radicalizando estos ejemplos, tu hijo probablemente terminará tomando drogas o en la cárcel. Es por ello que si se quieren obtener determinados resultados nuestro esfuerzo siempre debe de ser mayor. La buena noticia en todo esto es la siguiente: la

diferencia entre lo excelente y lo sobresaliente no es la habilidad, es sólo un poco más de esfuerzo. Es decir, “dar un poquito más”.

La diferencia entre un correo electrónico ordinario y uno extraordinario es tomarte un minuto más y revisarlo antes de mandarlo. La diferencia entre un primer y un segundo lugar en una competición es realizar ese último esfuerzo extra. La diferencia entre unos hijos sobresalientes y unos buenos hijos es que los padres se entreguen a su educación con un plus de dedicación.

La clave para saber cuándo estás dando ese “poquito más” es competir contigo mismo. Porque si te comparas con los demás siempre encontrarás a alguien que da menos de lo que tú puedes dar, y eso podría llevarte peligrosamente al acomodo y a excusarte diciendo que tú tampoco das más de ti. Por tanto, compite única y exclusivamente contigo mismo. Como dijo una vez Madero: “No hay más que una regla verdadera de progreso: supérate a ti mismo.”

No te dejes llevar por la “sociedad instantánea”

El mayor obstáculo para completar la regla del “un poquito más” es que vivimos en lo que yo llamo “la sociedad instantánea”. Como ya mencioné anteriormente, si alguna cualidad hemos perdido en estos tiempos de globalización es la paciencia. Queremos las cosas ahora, ya, en este momento. El café es instantáneo, la comida debe ser rápida y nos desesperamos cuando tenemos que esperar tan sólo un minuto de más para que se cargue una página de

internet. Pero ser sobresaliente exige paciencia, exige mayor dedicación de tiempo, energía, preparación, etc. Tal vez no mucha más, pero sí más, y eso a mucha gente no le gusta aceptarlo.

Las opciones, sin embargo, son claras y simples: o das un poco más y te quedas con todas las recompensas y haces historia, o declinas hacerlo y vives siempre en la mediocridad. Recuerda que para ser exitoso no tienes que hacer cosas extraordinarias, sino cosas ordinarias extraordinariamente bien.

Hay una frase que personalmente me ayuda a dar más de mí y competir sólo conmigo mismo. Es de Julius Irwing, histórico jugador de baloncesto, y dice así: “Exijo más de mí mismo de lo que cualquier otra persona jamás pudiera esperar de mí.”

Alimento para el pensamiento

Da siempre “un poquito más”:

¿Cómo cambiaría tu vida si siempre aplicarás la filosofía de exigir más de ti mismo de lo que cualquier otra persona jamás pudiera esperar de ti?

¿Qué pasaría si hoy dieras “un poco más” de ti en cada cosa que haces?

Un consejo:

Hacer las cosas de manera extraordinaria no requiere de un talento o habilidad especial, sólo de un esfuerzo mayor.

Haz de cada día una obra maestra.